

LA SOLIDARIDAD

En qué consiste la solidaridad.

«Se trata de emprender acciones positivas que expresen nuestra solidaridad para ayudar a los hombres a responder a sus necesidades profundas; y se trata de educarles en esta solidaridad. Necesitamos promover, por ejemplo, los valores de la familia, ayudar a que los hogares sean estables, unidos, acogedores de la vida; velar por la educación de los jóvenes en el auténtico amor humano; velar también para que no se encierren en un comportamiento hedonista e individualista, sino que comprendan el sentido positivo de la libertad, de las responsabilidades y de lo que exige el bien común. En el plano social, es necesario hacer todo lo posible para que el progreso económico siga estando al servicio del hombre, y no a la inversa».

JUAN PABLO II: Discurso a los Cuerpos Constituidos y al Cuerpo Diplomático en el castillo de Laeken, el lunes 20 de mayo. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVII, núm. 26 (861), domingo 30 de junio de 1985.

La solidaridad, como impulso humano y como hecho cultural.

«En otra intervención he captado la invitación a reflexionar con vosotros nuevamente sobre el tema de la solidaridad. Se trata de un tema que me resulta particularmente entrañable y no, en realidad, por motivos contingentes, sino por motivos de fondo que afectan a la esfera religiosa y moral.

»En efecto, la solidaridad, antes de ser un hecho cultural, de dar forma a un proyecto político o de orientar una determinada praxis social, es un impulso que responde a la naturaleza del hombre y, cuando se lo enmarca en la ley-mandato de Cristo, que —fijaos— asume, no suprime los valores naturales, se eleva a la esfera superior del verdadero amor al prójimo. Entonces nos lleva más alto hasta Dios que es el primero,

"como nuestro Padre, que nos ama con caridad infinita. A este nivel, la solidaridad es el anuncio estupendo de que Dios es solidario con el hombre hasta la muerte de su Hijo en la cruz. En este y de este Evangelio debe sacar vigor la acción social de los cristianos, para dar concreción efectiva, en la actualidad y variedad de las situaciones, a la auténtica solidaridad en el seno de la familia humana.

»Por ejemplo, la crisis actual nos impone a los cristianos no abandonar este camino de la solidaridad: más aún, hay que descubrir y probar nuevas formas de la misma, a fin de que la sociedad en su conjunto progrese, se desarrolle, se haga más humana.

»Por lo demás, ¿cómo negar, frente a la naturaleza de la crisis de hoy, que aparece más estructural que coyuntural, ya que a la amplitud de las transformaciones (revolución tecnológica) parece corresponder una inversión de los valores, cómo negar que es sumamente importante que los cristianos asocíen reflexiones de nuevo sobre su función específica? ¿Qué son y qué deben hacer? ¿Acaso no están llamados a ser levadura en la sociedad? "Vosotros sois la sal de la tierra", les dice Jesús (Mt 5, 13).

»En realidad, la crisis abre un amplio campo de reflexión y de experimentación en una multiplicidad de temas y de problemas, y esto obviamente exige un esfuerzo de atención para las intervenciones oportunas. ¿Y quién mejor que el cristiano, que actúa en lo social, frente a las cosas nuevas del cercano futuro, puede y debe atender a la tarea exaltante del soldar a la vez Evangelio y cultura, Evangelio y vida, Evangelio y futuro?

»A tal propósito, me parecen dos los puntos merecedores de especial atención por parte del laicado asociado:

a) Ante la revolución tecnológica, hay que poner en marcha una gran capacidad de estudio y de proyectos, de experimentación e innovación. Si el irrefrenable progreso técnico puede determinar, por un lado, los límites a la libertad del hombre, hay que reconocer, no obstante, que ofrecerá nuevas y más amplias posibilidades que deben ser discernidas responsablemente, como ya he afirmado en la encíclica sobre el trabajo humano (cf. *Laborem exercens*, 1).

b) En segundo lugar, se debe comenzar una reflexión sólida sobre los elementos éticos del cambio, en orden a una ética más completa del trabajo. Acerca de ello he afirmado que "esta ética social, sin desatender las obligaciones de cada uno, subra-

"ya los factores nacionales y supranacionales que en el plano económico, político, financiero, condicionan de manera frecuentemente negativa, tanto la cantidad como la calidad del trabajo. Problemas como el trabajo injusto, inhumano, no tutelado, o despreciado, exigen por parte de los cristianos una renovada asunción de responsabilidades. La ética del trabajo se refiere, sobre todo, a la dimensión subjetiva del mismo, esto es, al hombre como persona, como sujeto del trabajo" (cf. discurso citado).

»Parece oportuno y obligado el encauzamiento de esta ética "nueva" del trabajo para superar, por una parte, cierto planteamiento a veces restringido, se diría, privatístico de la moral del trabajo, ligado a la simple consideración de los deberes de los empresarios y de los obreros, y, por otra parte, para volver a examinar, con motivo de los cambios, la misma organización del trabajo y los más amplios sistemas socio-políticos, entre los que ella se encuentra».

JUAN PABLO II: Discurso a los trabajadores reunidos en la Sala Pablo VI, con motivo del Jubileo de la Redención el 18 de marzo. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVI, núm. 14 (796), domingo 1 de abril de 1984.

El sentido de la solidaridad y responsabilidad común entre las naciones.

«Toda acción emprendida en una nación o región para resolver sus propios problemas tiene necesariamente repercusión sobre la vida y los objetivos de las otras naciones, en razón de inevitables mecanismos económicos, monetarios, financieros y políticos. Pero, al mismo tiempo, se constata que todos los pueblos aceptan más conscientemente un mayor compromiso en la responsabilidad común con relación al bien común universal. Progresa el sentido de la solidaridad y de la responsabilidad compartida entre las naciones, lo que constituye uno de los signos de esperanza de nuestro tiempo que debe inspirar a todos los pueblos una disponibilidad siempre mayor a la colaboración mutua. No se pueden perseguir los legítimos objetivos nacionales con estériles confrontaciones, sino solamente mediante una cooperación y un diálogo confiados, continuos y abiertos. Todos los individuos y todos los pueblos deben saber que son

«los administradores de una herencia común y los servidores de un común destino».

JUAN PABLO II: Discurso al Gobierno y al Cuerpo Diplomático en la residencia oficial del Gobernador General, el 19 de septiembre. *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVI, núm. 41 (823), domingo 7 de octubre de 1984.

La solidaridad es lo más opuesto a las ideologías que dividen a los hombres en grupos enemigos.

«Esa solidaridad excluye todas las formas de egoísmo, que siembran cizaña en la convivencia. Es lo más opuesto a las ideologías que dividen a los hombres en grupos enemigos e irreconciliables y que propugnan una lucha fanática hasta el término del adversario.»

»Frente a todas esas raíces de egoísmo insolidario que anidan en el corazón humano, la Iglesia se esfuerza en proclamar la apremiante necesidad de renovar moralmente los espíritus, de cambiar a los hombres desde dentro, de hacerles volver a las raíces más hondas de su humanidad. Sigue luchando también en la causa de la justicia mediante su doctrina social y la acción promocional de tantos hombres y mujeres. Y quiere sobre todo estar presente y ser solidaria con los más pobres. Como en sus orígenes surgió con gente humilde y necesitada —con los pobres de Yavé—, la Iglesia quiere también hoy trabajar con amor preferencial por esta porción predilecta del Señor. Porque si no lo hiciera así, no sería fiel a su Fundador, Jesucristo. Pero quiere hacerlo no por inspiración política, sino desde el Evangelio; no con métodos de lucha de clases, no con miras a aparentes liberaciones parciales que no consideran, o no suficientemente, la dimensión espiritual del hombre, o le conducen a nuevas y no menores esclavitudes al quitarle su libertad (cf. Alocución a los cardenales y prelados de la Curia Romana, 21 diciembre de 1984, 10)».

JUAN PABLO II: Discurso a los aborígenes y campesinos, en la antigua fortaleza de Sacsayhuamán de Cuzco, domingo 3 de febrero. *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVII, núm. 7 (842), domingo 17 de febrero de 1985.